

MIENTRAS TÚ EXISTAS

Irene Vigil Nogueroles

Tu madre no volvió a la casa. Tampoco dejó de llorar durante días. Recuerdo cuando yo fui a retirar lo último que quedaba, lo que aún no se habían llevado, los recuerdos que faltaban... Recuerdo las lágrimas mientras guardaba en una caja los botes de mermeladas y compotas que le había llevado su madre ese invierno...

“Posiblemente tengo miedo a echarme a andar por si llego al final y no hay más... Tengo miedo de que seamos incapaces de cambiar nada, de que todo lo que hacemos sea en vano... Tengo miedo de luchar por una causa que nunca se haga realidad... Tengo miedo a todo lo que no consigo...”

Es un viernes frío, el primer día de febrero. Sopla una nueva ráfaga de viento y aprieto el paso. Llegaré a casa y tomaré algo caliente. Ha sido una semana larga...

Asier subió al pequeño escenario que se había preparado para el homenaje. Le conocí hace un tiempo en aquel instituto, la primera vez que acudí a un acto político. Creo que tenía siete años. Aún así había sido como si nos conociéramos de nuevo ese domingo. Nos habíamos dado un fuerte abrazo hacía unos minutos. Pienso que ambos estábamos emocionados por lo que iba a ocurrir esa mañana, aunque intentar comparar lo que yo sentía me parecía muy arrogante por mi parte. Él se acercó al micrófono, y las luces matinales acompañaron sus palabras...

A Yolanda la mataron por defender una sociedad más justa. Y lo que podemos aprender de su muerte y de tantas otras muertes por motivación política es que la vida está por encima de cualquier ideología. Por eso, la aprobación por unanimidad de la Junta Municipal de La Latina para asignar el nombre de Yolanda a este parque es un ejemplo a seguir en la reparación de todas las víctimas y abre un camino de esperanza en la búsqueda de un reconocimiento de todas aquellas víctimas que aún siguen olvidadas.

Sentada cómodamente en el sofá del salón la vida parece un poco más sencilla. Suena el timbre. Quizás Alejandro haya olvidado las llaves, o quizás Mar vuelva un poco más pronto de lo previsto con los gallegos. Miro por la mirilla y veo a dos hombres desconocidos. Somos de la policía, abra la puerta. Noto cómo el corazón se me acelera mientras ellos me muestran identificaciones policiales. Abro, y ambos irrumpen en la pequeña entrada y se abalanzan sobre mí...

Mi madre hablaba con voz rota y lágrimas en los ojos. Yo la miraba justo en el instante en que ella se giró hacia mí y enlazamos las miradas. “Te veo en los ojos de mis hijas, que ahora tienen diecinueve años, la edad que tenías cuando te asesinaron...”.

Me sacan violentamente del coche. Hemos parado en un camino de tierra en mitad de un descampado. No sé dónde estamos, ni siquiera sé qué quieren de mí. Entre insultos, “etarra de mierda”, “hija de puta”, “traidora de la patria”, “escoria”, sacan las dos pistolas y me arrojan al suelo. Siento las lágrimas recorriendo mis mejillas y suplico “por favor”... Uno de ellos ríe, y me apunta a poca distancia de la sien.

Colaboro en el Partido Socialista de los Trabajadores. Yolanda es una amiga y mi compañera de piso. No, no somos un comando etarra. Llevo unos cuantos años en política, desde que era adolescente. Ahora tengo diecinueve, pero en marzo cumpliré los veinte. Anoche estuve con dos amigos gallegos del Partido, que venían a Madrid e iban a quedarse a dormir en nuestro piso. Calle Tembleque, ciento uno, tercero derecha. No tenemos ninguna relación con ETA. Yolanda era de Bilbao, pero su familia era de Burgos. Nos conocemos desde hace tiempo, por el Partido. Estudio Económicas en la Universidad Complutense. Por favor, ¿qué está pasando? ¿Dónde está Yolanda?

Télex enviado a la agencia EFE por Emilio Hellín Moro: “El Batallón Vasco Español, grupo operativo-militar, reivindica el arresto, secuestro y ejecución de Yolanda González Martín, natural de Deusto, integrante del comando de ETA, rama estudiantil-IASI, del que también forman parte otras dos personas con domicilio en Madrid y que utilizan como tapadera y acción de masas a grupos políticos de ideología trotskista y maoísta, donde se amparan sus actividades. Por una España grande, libre y única. ¡Arriba España!”.

“Putas vasca de mierda”, me escupen mientras cogen la ikurriña. Me dan un puñetazo y me sacan a empujones de la casa, sin ni siquiera apagar la luz. Los insultos siguen y los golpes también. Me montan en un coche que espera a la salida del portal. El maltrato continúa durante el trayecto por carretera. En mitad de la nada, nos detenemos.

Yolanda, te escribo unas breves palabras tras este domingo de homenaje a tu recuerdo. Te fuiste hace treinta y cinco años, y para muchos la herida sigue abierta, muchos seguimos sintiendo tu ausencia. Te confieso, sin embargo, que hemos seguido adelante, que hemos continuado nuestras vidas, porque estoy seguro de que tú no querías que nos perdiéramos en el camino. He escuchado hoy estos

versos de una joven poetisa segoviana, y sólo pensaba en ti... Te los escribo para que tú también puedas oírlos, para que te lleguen y los sientas...

Tengo que confesarte de una manera dulce
que te he olvidado,
que tus fotos son una caricia del pasado
pero en mi mañana ya no te miro,
que he aprendido que recordarte
no es más que un beso a mi herida
para que no se sienta tan sola
como yo cuando me la hiciste,
que aquí hace tiempo que ya es primavera
aunque haya días de tormentas torrenciales.

Pero mírame:
he aprendido a bailar
-quién lo diría, amor,
con esta vida que llevo tan llena de tropiezos-.
No sé dónde estás
pero sé que en el lugar que sea
estarás orgullosa de mí por olvidarte.

Te he olvidado,
amor roto.
Pero no tengas miedo
a que nadie te recuerde:
la poesía jamás te olvidará.

Aquí seguimos caminando y tú nos das fuerzas para seguir
luchando, Yolanda.
Te quiero.
Alejandro.

Cuando volvimos a la casa, las luces estaban encendidas pero no había rastro de Yolanda. Era cerca de medianoche, y nos fuimos a la cama. Habrá salido a hablar con alguien o a hacer algo, nos convencimos. Confieso que no le dimos demasiada importancia. Por la mañana, Yolanda seguía sin volver. Empezamos a preocuparnos, y nos fuimos al local del Partido. Preguntamos a los compañeros si alguien sabía algo. Quizás la habían detenido, era lo más probable. El Partido seguía siendo ilegal, y empezamos a acojonarnos ante una posible represión policial. Decidimos que por la tarde iríamos al piso y recogeríamos las cosas. Nos iríamos a casas de compañeros durante un tiempo. Cuando abrí la puerta del piso, me sorprendió un grupo de policías que había entrado ya. ¿María del Mar Noguero?

El uno de febrero de 1980 a primera hora habían muerto seis guardias civiles a causa de un atentado de ETA. Los autores del asesinato de Yolanda, Emilio Hellín Moro, Ignacio Abad, José Ricardo Prieto, Félix Pérez Ajero, Juan Carlos Rodas Crespo y David Martínez, pertenecían al grupo de extrema derecha Fuerza Nueva. Intentaron justificar el asesinato como venganza por el atentado etarra, ya que acusaban a Yolanda de pertenecer a un comando de esa banda terrorista. Sin embargo, el PST en el que colaboraba Yolanda no sólo no formaba parte de la izquierda abertzale sino que rechazaba explícitamente la violencia de ETA.

Emilio Hellín apretó el gatillo. Luego otra vez. El cuerpo de la joven se desplomó en el suelo del descampado de la periferia de Madrid. La sangre brotaba por los dos orificios de bala de su sien derecha. Ignacio Abad decidió disparar también su pistola sobre el antebrazo derecho del cadáver. Envueltos por el silencio de la noche, regresaron al coche que esperaba al margen de la carretera. Trabajo cumplido.

Ese invierno Lidia le había traído tarrinas de compotas y mermeladas. Y también le había regalado un precioso jersey, un jersey que llevaba la noche que la asesinaron...

La Audiencia Nacional procesó en 1980, juzgó, sentenció y condenó en 1982 por dicho acto criminal a: Emilio Hellín Moro, Ignacio Abad Velázquez, José Ricardo Prieto, Félix Pérez Ajero, Juan Carlos Rodas, y David Martínez Loza, a diversas penas según su implicación penal, bajo el Código Penal vigente en su momento. Emilio Hellín, principal encausado por el asesinato, se dio a la fuga en 1987, aprovechando un permiso penitenciario. En Paraguay recibió protección del régimen militar de Alfredo Stroessner, para el que trabajó. Tras ser descubierto por un periodista de la revista *Interviú*, fue extraditado a España en 1990. En 2013 se da a conocer que Emilio Hellín habría estado trabajando para los Cuerpos y Fuerzas Generales de la Seguridad y del Estado en técnicas de espionaje, rastreo informático y en dispositivos móviles con los diversos gobiernos de la democracia. Según ha manifestado, él no es Emilio Hellín, fallecido en 2008, sino Luis Enrique Hellín, su hermano. Sin embargo en 1996 habría cambiado su nombre. Según Asier González, hermano de Yolanda, Emilio Hellín daba cursos a policías por la pervivencia del franquismo en las instituciones españolas. En junio de 2013, pasados tres meses después de conocerse la noticia la respuesta del Ministerio del Interior seguía siendo un silencio absoluto.

Mi madre y ella eran compañeras de piso en aquella época. Afortunadamente, mamá llegó tarde a casa aquella noche... Quizás de no ser por esa casualidad la habrían matado también...

Murió de un disparo en la cabeza en un descampado entre Madrid y Alcorcón. Su único pecado fue ser de Bilbao y militar en el PST. La mataron acusándola de pertenecer a ETA, algo absolutamente falso. Su único pecado fue defender sus ideales, ser trotskista, tener una ikurriña en su casa y no avergonzarse de ser vasca. Tenía apenas diecinueve años...



No te he podido conocer nunca, pero tu nombre y tu historia han estado siempre muy presente en mi casa... No llegué a conocerte nunca porque unos hijos de puta te mataron aquella noche de febrero...

Te mataron sin ninguna explicación, sin ninguna razón, sin consideración... Tenías más o menos mi edad... Sólo puedo pensar en tu valentía, en tu coraje, en tu determinación... Me gustaría ser así de valiente algún día... No he podido conocerte pero creo que me entiendes si te digo que te quiero, que te admiro, que yo también te recuerdo... Sé que estás viva en muchos corazones, que existes en cada una de las que deseamos un mundo mejor.

Miro tus fotos y no puedo reprimir las lágrimas ni la rabia: una apoyada en un muro de piedra con un valle de fondo, otra montada en bicicleta, otra acariciando la mano de tu hermano pequeño, una en mitad de una manifestación estudiantil, otra de tu cuerpo tirado con sangre alrededor y el jersey de tu madre... Estés donde estés, en mi corazón o en cualquier otro, en mi memoria y en la de todos los que te conocieron, gracias. Tú nos das fuerzas para seguir luchando.

La libertad es un derecho civil y social. La vida es un derecho. La memoria de quienes han muerto defendiendo la justicia y la bondad, también.